

que el papa no hubiese dado á su comunidad, mas bien que á otra la comision de vender indulgencias en Alemania (a).

CAPITULO XLI.

DESDE LA REFORMA HASTA EL REGENTE.

Cuando se dispó la tempestad suscitada por la reforma, apareció el Vaticano, pero va medio arruinado. Sus sólidos muros habian perdido su altivez, y en sus torreones se veian hendiduras causadas por sus propios rayos que el furor de la tempestad habia hecho retroceder hácia el mismo sitio de donde habian partido. Las medidas violentas adoptadas por los reyes y los papas contra las inovaciones religiosas, no habian hecho mas que acabar de exasperar los ánimos. La libertad que durante la calma parecia pequeña y de fuerzas escasas, se convierte en gigante al rugir la tormenta.

Entre las consecuencias funestas para la religion que resultaron de aquellos trastornos, debemos hacer particular mencion de una. Las revoluciones causan en su rápido curso tales estragos en las costumbres, como aquellos miasmas letales que al pasar, marchitan la vida de las flores. La ley, cuya vista se oscurece durante las convulsiones de un Estado, no puede velar sobre el ciudadano que suelta la rienda á sus pasiones y se precipita en la inmoralidad: para remediar esta relajacion no bastan años ni á veces siglos. Esto es precisamente lo que sucedió en Europa despues de los trastornos de que acabo de hablar; y la religion que siempre corre parejas con el estado de las costumbres, perdió mucha parte de su influencia en proporcion del maleamiento de aquellas.

Habiéndose finalmente restablecido la armonía, los hombres no pudieron menos de volver hácia atrás la vista, y raborizarse de su insensatez. La ilustracion que cada vez iba tomando nuevo incremento, contribuia tambien á que se aborreciera la causa que al parecer habia producido resultados tan funestos. En materias de fe no se reconocen límites: desde el punto en que deja de creerse alguno de sus artículos, es muy temible que no domine de allí á poco la incredulidad absoluta. Rabelais, Montaigne y Mariana dieron que admirar por la novedad y audacia de sus opiniones políticas y religiosas. Hobbes y Espinosa, arrancándose la máscara, se presentaron en su verdadero aspecto; y de allí á poco Luis XIV dió á la Europa el último ejemplo de fanatismo nacional con la revocacion del edicto de Nantes. (1)

CAPITULO XLII.

EL REGENTE.—ACELÉRASE LA CAIDA DEL CRISTIANISMO. (b)

En fin apareció el regente, á cuya época es preciso referir la caída total del cristianismo. El duque de Orleans brillaba por su imaginacion, sus gracias y su finura; pero al mismo tiempo era el hombre mas inmoral de su época y el menos á propósito para dirigir una nacion veleidosa, sobre la cual tanta influencia ejercian los vicios de sus gobernantes, particular-

(a) Este capitulo habia principiado muy bien por lo tocante á la reforma y es lástima que por causa del filosofismo acabe tan mal. Me parece que al escribir este *Ensayo* yo no era partidario ni de *Ginebra*, ni de *Roma*. (N. ED.)

(1) Omíto hablar de las escandalosas escenas del populacho de Londres contra los católicos en 1680.

(b) *¡Caída del Cristianismo!* Parece que me habia aficionado á esa frase; sin embargo no era el cristianismo, sino las costumbres las que iban cayendo. Mas aunque en realidad hubiera el cristianismo caído en Francia ¿podrá decirse que habia sucedido lo mismo en el resto del mundo? (N. ED.)

mente si llevaban el sello de la amabilidad. Entonces fue cuando se vió nacer la secta filosófica, causa primera (c) y última de la actual revolucion. Cuando los pueblos se corrompen, surgen hombres que les dan á entender que no hay venganza por parte del cielo.

El trastorno que Law (d) produjo en el Estado con la creacion del papel, contribuyó no poco á conover la moralidad del pueblo. Interés y corazon humano son palabras de igual significacion (e). Cambiar las costumbres de un Estado, es lo mismo que cambiar el órden de las fortunas. En los accesos de desesperacion, y en la embriaguez de la prosperidad se apaga todo sentimiento de delicadeza, no diferenciándose ambas situaciones sino en que el que se ve súbitamente elevado á la segunda, conserva todos sus vicios, y el que cae en la primera pierde todas sus virtudes.

La imprenta, esa invencion medio celestial, medio diabólica, (f) principió á lanzar canciones satíricas, folletos y obras filosóficas. Cada correo se divulgaba algun nuevo crimen con circunstancias tan abominables, que el mismo Suetonio hubiera tenido vergüenza de referirlas: el ciudadano, al satisfacer las contribuciones, pagaba con ellas á los viles cortesanos y al ejército que le obligaba á obedecerlos. El desprecio y la ira eran los sentimientos que debian dominar en el corazon de aquel ciudadano (g). Si un pueblo que se halla en tal situacion, llega á comprender el secreto de su propia fuerza, bien puede decirse que el Estado ha llegado ya al fin de su carrera.

En el reinado siguiente fue cuando se desbordó la secta enciclopédica, acerca de la cual he dado ya alguna breve noticia, y cuyas relaciones religiosas y políticas con las instituciones que entonces regían en Francia voy ahora á considerar, como he ofrecido.

CAPITULO XLIII.

LA SECTA FILOSÓFICA EN TIEMPO DE LUIS XV.

Ese espíritu de innovacion y de duda que se desarrolló en tiempo del regente, hizo en poco tiempo rápidos progresos. Al ocupar el trono Luis XV, se vió por último formarse una sociedad de los mas brillantes ingenios que la Francia ha producido, los Diderot, los d'Alembert y los Voltaire (h). Solo dos grandes hombres, los dos mas eminentes (i), Juan Jacobo Rousseau y Montesquieu, se desdieron de pertenecer á aquella sociedad: de aquí nació el odio con que por parte de Voltaire fueron mirados, en especial el primero digno de ser considerado como un apóstol de Dios y de la moral. Atribuíase aquella sociedad la mision de difundir las luces y derrocar la tiranía; su-

(c) Deberia decir causa segunda en vez de primera. (N. ED.)

(d) En los proyectos de ese extranjero se encuentra el plan literalmente llevado á cabo en nuestros dias por Mirabeau (el mayor) esto es el pagar la deuda nacional en papel, el vender los bienes del clero etc.

(e) No es cierto esto refiriéndose á Francia. (N. ED.)

(f) Nada tiene de diabólico la prensa, sino cuando está bajo la direccion de leyes malas. Si depende de la arbitrariedad, si se la encadena por medio de la censura entonces solo es cuando pierde sus cualidades divinas, y se convierte en un instrumento diabólico. Nadie puede aprobar el abuso de la prensa, pero á nadie sino á las leyes incumbe el prevenirlo y remediarlo. (N. ED.)

(g) Hago bien en manifestar mi indignacion contra la regencia, pues ella y el reinado de Luis XV son dos épocas de las que mas deben provocar la indignacion de la historia. (N. ED.)

(h) ¡Diderot y d'Alembert puestos en el número de los mas brillantes ingenios! Es un rasgo completamente ridiculo. (N. ED.)

(i) No es cierto que fueran los mas eminentes. Voltaire valia tanto como ellos y Buffon debe tambien ocupar, como escritor, un puesto muy inmediato al de aquellos. (N. ED.)

blime hubiera sido la empresa, mas el verdadero espíritu que dominaba á los enciclopedistas era una frenética persecucion á todo sistema, una intolerancia de opiniones que aspiraba á sofocar hasta la libertad del pensamiento en los demás, y finalmente un rabioso encono contra lo que ellos llamaban *Infame*; esto es, contra la religion cristiana que á todo trance se habian propuesto derribar. (a)

Lo que hay de admirable en la historia del corazon humano, es que el déspota Federico II perteneciese á esa confederacion que en realidad estaba trabajando vigorosamente para destruir el poder de los reyes. El mas extraordinario documento literario que existe, es tal vez la correspondencia entre Diderot, Voltaire, d'Alembert y el rey de Prusia. En cada una de las páginas de esa coleccion de cartas hay que admirarse, al ver cómo los filósofos se desprendian del velo con que se presentaban cubiertos á los ojos del vulgo: el monarca, despojándose de su régia máscara, llamaba fábulas á la moral, deseaba para sí propio y para sus amigos la libertad, reservando la esclavitud para el pueblo estúpido; se burlaba de cuanto hay sagrado para el hombre, y últimamente con mano tan criminal como poderosa profanaban y disponian de la reputacion y opiniones de todos los que no pertenecian á su pandilla.

Tal fue esa famosa secta que reinando Luis XV principió á extenderse y á destruir la moral en Francia, siendo verdaderamente maravillosa la rapidez de sus progresos. No se cansaba el infatigable Voltaire de gritar: «Persigamos, abrumemos al infame.» Una turba de autores, demasiado pequeños para merecer la atencion del grande hombre, se pusieron á borrar papel á imitacion de su maestro. No tardó en propagarse la incredulidad á la gente de buen tono. En vano J. J. gritaba poseido de santo celo: «Pueblo, te extravian; hay un Dios que castiga el crimen y recompensa la virtud.» Todos los esfuerzos del sublime atleta fueron inútiles contra el torrente de los filósofos y algunos individuos del clero, que habian depuesto su mortal enemistad, solo para perseguir de comun acuerdo al grande hombre (b).

Mientras que unos filósofos combatian contra los principios religiosos, otros dirigian sus ataques contra la política, y no debe dejarse pasar desapercibido que la secta atea no hizo mas que cometer miserables errores en materias de política. Montesquieu (c), J. J. Mably, Raynal (d), dieron desgraciadamente alguna ilustracion á aquellos hombres que habian perdido la fuerza y pureza de alma necesarias para hacer un buen uso de la verdad. Las facciones han ido devorando á esos ilustres ciudadanos: los jacobinos á Montesquieu y los realistas á Juan Jacobo; mas no por eso el *Espíritu de las leyes* ni el sublime *Emilio* tan poco comprendido de la multitud, dejaron de pasar á la mas remota posteridad. Por lo tocante al

(a) En mi edad madura he acabado de corroborar la exactitud de ese juicio: los enciclopedistas fueron los mas intolerantes de los hombres, y esa es la razon porque no los puedo sufrir. Los considero como los hipócritas de la libertad, como los pseudo-apóstoles de la filosofía que confundian el miserable orgullo de su vanidad con el espíritu de independencia, sus malas costumbres con la aspiracion al derecho natural y su furor irreligioso con la sabiduría. No se debe á sus doctrinas lo que pueda haber de bueno en la revolucion, pues no produjeron mas que los asesinatos del clero, las deportaciones á la Guyana y los cadalsos. (N. ED.)

(b) ¡Habré dicho algo mas conveniente ni enérgico contra el filosofismo antireligioso en el mismo Genio del Cristianismo? En este pasaje Rousseau está muy opuesto á los demás filósofos. (N. ED.)

(c) Ciertamente: el ateísmo no es bueno para nada, sino para probar la debilidad del espíritu y la medianía del talento. (N. ED.)

(d) ¡Mably y Raynal con Montesquieu y Rousseau! Solo la falta de criterio de la juventud, y la inexperiencia pudieran asociarlos. (N. ED.)

Contrato social como que una parte de él se encuentra en el *Emilio*, y como que no es mas que extracto de una grande obra, en la que todo se desecha y nada se afirma, creo que en su estado actual de imperfeccion, puede producir poco bien y mucho mal (e): lo único que me admira es que los republicanos del dia hayan tomado esa obra por regla de su conducta, siendo así que es el libro que mas altamente reprueba su sistema.

De manera que así que el pueblo empezó á leer, fijó los ojos en libros que no predicaban mas que política y religion: el efecto fue prodigioso. En tanto que rápidamente iba perdiendo sus costumbres y su ignorancia, el gobierno, cerrando los oídos al estrépito de una vasta monarquía que empezaba á precipitarse hácia el abismo en que la hemos visto desaparecer, se aferraba mas que nunca á su sistema de vicios y de despotismo. En vez de dar mas latitud á sus planes, elevar sus ideas, y purificar su moralidad en progresion relativa al aumento de luces, se contraía, digámoslo así, en su propia pequeñez, y ni sabia someterse á la fuerza de las cosas, ni oponerse á ellas con el vigor necesario. Esa miserable política de irse limitando el espíritu del gobierno, en tanto que el del pueblo va adquiriendo nueva extension, es cosa digna de notarse en todas las revoluciones, y puede compararse á la tenacidad de querer trazar un gran círculo en una pequeña circunferencia: los resultados son positivos. La tolerancia se aumenta cuando los sacerdotes hacen que sea conderado á muerte algun jóven, que en medio del desarreglo de una orgía ha insultado á la imagen de la divinidad: porque el pueblo se muestra inclinado á la resistencia, y el gobierno tan pronto cede inoportunamente á su impulso, como desentendiéndose de toda prudencia, emplea contra él nuevas coerciones: el espíritu de libertad empieza á manifestarse, y los políticos no encuentran otro medio de reprimirla, que fulminar arbitrarias órdenes de destierro. Sé muy bien que en Francia tales órdenes causaron en la época á que aludo mas ruido que daño; pero ni aun así puede decirse otra cosa sino que tales providencias destruyen radicalmente los principios. Todo lo que no es ley, está fuera de la esencia del gobierno, y por lo tanto es criminal. ¿Quién se expondría á permanecer con una espada suspendida de un cabello sobre su cabeza, á pretexto de que no ha de caer? De manera que el cuadro que presentaba la sociedad francesa momentos antes de la revolucion, era un monarca adormecido entre voluptuosidades, unos cortesanos corrompidos, unos ministros imbéciles ó perversos, el pueblo perdiendo de todo punto sus costumbres, filósofos combatiendo unos contra la religion otros contra el Estado, nobles llenos de ignorancia ó plagados de los vicios de la época, y eclesiásticos siendo en París el escándalo de su órden, ó llenos de preocupaciones en las provincias. Reunidos tantos elementos de destruccion ¿podía subsistir el edificio social por mucho tiempo en pie? (f)

Desde el reinado de Luis XV la religion venia perdiendo terreno, hasta que al fin la hemos visto abismarse con la monarquía en la sima de la revolucion. (g)

Para completar la historia del cristianismo, voy á poner en evidencia las armas con que los filósofos modernos han combatido contra ella, así como anteriormente ha explicado los sistemas mediante los cuales los sofistas griegos dieron muerte al politeísmo. Hay, sin embargo, entre los filósofos de ambas épocas

(e) Juzgo bien el *Contrato social*; pero mal el *Emilio*. (N. ED.)

(f) Esa es una opinion valerosamente emitida, y el párrafo está escrito tan bien como me es posible. (N. ED.)

(g) Una vez por todas volveré á decir que la religion ni se ha hundido ni puede desaparecer. (N. ED.)

cas la diferencia de que los Platones y los Aristóteles se contentaron con publicar los nuevos dogmas sin atacar directamente la religión de su país, en tanto que los Voltaire y los d'Alembert se declararon, sin anunciar otras opiniones, decididamente contra el culto de su patria, y en esto fueron mucho más inmorales que los sectarios de Atenas. (a)

Advierto al lector que en los capítulos que van á seguir á este, no tengo más parte que la de ser un simple narrador de los hechos, y que en ellos, cumpliendo con lo que el asunto exige, no hago más que referir la opinión de otros autores, aunque discrepo de ellos (b). Es necesario dar á entender las causas que nos han sumergido en la revolución actual; por lo tanto voy á presentar las más considerables.

CAPITULO XLIV.

OBJECIONES DE LOS FILÓSOFOS CONTRA EL CRISTIANISMO.—OBJECIONES FILÓSÓFICAS.

A cuatro especies pueden reducirse las objeciones de los filósofos contra el cristianismo: 1.º Objeciones filosóficas propiamente dichas. 2.º Objeciones históricas y críticas. 3.º Objeciones contra el dogma. 4.º Objeciones contra la disciplina.

Examinemos las primeras.

Objeciones filosóficas (1). La creación es un absurdo. ¿Qué voluntad alcanza á sacar un átomo de materia de la nada? Todas las razones imaginables no destruirán jamás este axioma vulgar. De la nada, nada puede hacerse. Entiéndase, que en la misma Escritura (sagrada) admite la nada pues dice: *el Espíritu de Dios reposaba sobre las aguas.* He aquí pues la materia coexistente con el espíritu: he aquí un verdadero caos.

¿Decís que Dios ha sido el arquitecto del mundo? No es en verdad expresión muy digna del sistema del cristianismo; mas sin embargo, veamos si puede ser admitida.

Si Dios ordenó la materia, es un ser impotente y limitado. El caos era la primitiva forma, y necesariamente la mejor, pues era la natural, y en su fondo dormían pasivos los vicios, los disgustos y las enfermedades. ¿Qué ha hecho Dios? Todo lo ha separado, todo lo ha dividido, y al clasificar los males, no ha hecho más que un mundo vulnerable por todas partes de un mundo que yacía tranquilo en la inercia; ha dado un alma de dolor y sensibilidad á las penas (c). Luego Dios se engañó, y su ponderado orden no es más que un espantoso desconcierto.

(a) No puedo ser ni más imparcial ni más severo. Si soy filósofo al hablar del Emilio, bien podran decir los filósofos que jamás han tenido un colega más desagradable que yo. (N. ED.)

(b) Notable pasaje y que por sí solo bastaría para absolverme de la acusación de anti-cristiano que algunos me han hecho. No puede suponerse que semejantes palabras sean á manera de una precaución del autor; pues bien se ha manifestado en todo el resto de la obra que no soy hipócrita ni me dejo dominar del temor. Solo el espíritu de la verdad me animaba, y por eso dije que iba á referir opiniones de otros autores aunque discrepo de ellos, y solo iba á ser un simple narrador. Sin embargo esos mismos capítulos sobre los cuales hago esa advertencia han sido uno de los principales cargos de la acusación que algunos me han hecho. Pero en verdad cuanto más se lea el *Ensayo*, menos cargos pueden hacerse. No pretendo sin embargo disculparme enteramente del pasaje que da lugar á esta nota: hice mal, muy mal en referir las objeciones de los filósofos contra el cristianismo; tanto más culpable soy cuanto que al paso que me complazco en decir que no son más, no por eso deje de manifestar alguna complacencia al referirlas. (N. ED.)

(c) No es posible citar á cada paso los autores de donde saco estas opiniones, y me contentaré con citarlos todos al fin del capítulo.

(d) Véase para la refutación de todas estas lindezas las *Notas y Aclaraciones del Genio del Cristianismo.* (N. ED.)

Pero os concedemos la mayor. Suponemos por un momento que todo dimana de Dios. Ese Dios al crear al hombre le dijo «Si pecas, mueres,» y sin embargo ya había previsto que había de pecar y había de morir. «Serás bueno y virtuoso, ó te condenaré á las penas del infierno.» Dios sabía muy bien que el hombre no sería bueno, ni virtuoso, y sin embargo lo había creado. A esto contestareis que Dios os ha dado un libre albedrío. Enhorabuena; pero dejemos á un lado esa cuestión. ¿Había Dios previsto que yo había de caer y por lo tanto ser eternamente desgraciado? Sí, ciertamente. Pues en tal caso, vuestro Dios no es más que un tirano horrible y ridículo. Da á los hombres pasiones más poderosas que su razón, y sin embargo le dice: «Te he dado una razón.»—Así es, pero también me has dado pasiones, y sabías muy bien, que estas me habían de arrastrar, y tú desde millones de siglos antes de mi nacimiento, habías previsto que en tu tribunal había de ser condenado á una eternidad de dolores. ¿Por qué me sacabas de la nada? ¿Quién, ¡Oh Ser Omnipotente! podía obligarte á crear un miserable? ¿No pudiste hacerme fuerte y virtuoso en el grado oportuno para conseguir la felicidad? ¿Te complaces en crear víctimas y en insultarlas en medio de sus tormentos hablándoles de un libre albedrío sobre cosas que tu presciencia te había hecho ver desde toda eternidad, y que por la razón misma de haberlas tú previsto debían necesariamente suceder?

Dios no pudo impedir que al nacer ocupárais en el orden de los seres el sitio que os correspondía.—Está muy bien; pero ese Dios ya no es el Dios de los Hebreos; es el Destino, otro sistema que tiene también sus inconvenientes. Por último, paraís en atrincheraros en el grande argumento que decís que tan imposible es á nuestra naturaleza comprender al Gran Ser como á un animalillo infusorio comprender al hombre: esa razón, aunque excelente en sí misma, nada prueba por lo tocante á las Escrituras Sagradas. Aténgome pues, á que nada me es posible comprender por lo tocante á Dios, y bajo este supuesto, el mismo crédito daré á Moisés que á Platon, salva la diferencia de que este discurre mejor que aquel.

Paso por alto otra multitud de objeciones filosóficas fundadas en las diversas razas de hombres, en la antigüedad del globo etc., y sigo con el examen de las razones histórico-críticas (2).

CAPITULO XLV.

OBJECIONES HISTÓRICO-CRÍTICAS.

Los profetas de Israel habían desde mucho tiempo atrás anunciado la misión del Hijo de Dios. Llegó por fin el momento de su venida, y las profecías fueron cumplidas al pie de la letra.

No se predice el hecho, porque ha de suceder, sino que sucede porque ha sido predicho. Así lo comprueban los mismos Evangelios diciendo á cada paso con la mayor candidez. «Y Jesús hizo esto á fin de que se cumpliera la palabra del profeta.» Mas sin detenernos á combatir vuestro fútil argumento, os demostraremos, que lo que anuncia la venida de Cristo no nace más que de la torpe ignorancia de los Hebreos, pues convirtieron en profecías el calendario egipcio que no llegaron á entender. Allí se ve todo el misterio de la Virgen y su Hijo, que no significa otra cosa sino el oriente y ocazo de diversas constelaciones. Los Hebreos al salir de Egipto, se llevaron consigo esos signos, y de allí á poco los convirtieron en las más absurdas fábulas.

Aun hay más: no está tampoco enteramente de-

(2) Autores de donde he tomado esas objeciones: BAYLE; *Cartas de Diderot al rey de Prusia*; TOLANDO, VOLTAIRE *Diccion. filosof.*, HUME'S *Philosoph. Essay*; LE BOUCHER, BUFFON, etc.

mostrado, que en ningún tiempo haya existido un hombre llamado Jesús que haya sido crucificado en Jerusalem. ¿Qué pruebas existen de semejante suceso? Los Evangelios. ¿Admitireis en un proceso como documentos válidos los indudablemente escritos por una de las partes? Decimos esto, como suponiendo que creemos en la autenticidad del Nuevo Testamento (lo cual estamos muy lejos de creer como se verá en lo sucesivo). Lejos de encontrar nada en la historia que admita la verdad de la existencia de Jesucristo, vemos, según los autores latinos, que hablan con el mayor desprecio de la secta naciente (1), que los Evangelios no eran literalmente entendidos ni aun por los mismos cristianos primitivos. Considerábalos como una especie de alegorías ó misterios, en los cuales se hacían iniciar como en los de Eleusis.

Mas hay también que advertir, que habeis á vuestro placer suprimido una multitud de Evangelios calificándolos de apócrifos, sin embargo de no serlo ni más ni menos que los otros. En ellos se notan tantas contradicciones (que no habeis podido hacer desaparecer completamente ni en los mismos Evangelios que nos habeis dejado) que necesariamente hay que inferir, que en sus principios la historia de Jesucristo no fue más que un cuento que cada cual refería á su manera.

Los primeros cismas de la Iglesia acaban de corroborar esta opinión. Los Padres no estaban de acuerdo ni en cuanto al fondo ni en cuanto á la forma. ¿Cómo puede creerse que estando tan reciente el suceso, ignorasen la verdad? Demuéstrase pues por ese encontrado choque de sentimientos opuestos, que el sistema del cristianismo no había aun llegado á formarse, y que cada cual lo iba modificando á su modo. Por consiguiente nada está al parecer menos demostrado que la existencia de Cristo.

Vayamos más allá. Admitamos la realidad de su vida y la autenticidad de los Evangelios. De la simple lectura de estos mismos, resulta destruida la divinidad de Jesús. ¿Por ventura, no vemos que cuantas personas decentes había en Jerusalem, sacerdotes, magistrados, finalmente esa clase de hombres cuya opinión en todos tiempos es más apreciada que la del populacho, consideraron al Cristo como un impostor que trataba de adquirirse prosélitos? Pidiéronle que hiciera milagros públicamente, pero no pudo hacerlos, siendo así que resucitaba muertos entre la canalla. En sus contestaciones jamás se le oyó dar una respuesta terminante; hablaba con oscuridad á la manera del oráculo de Delfos. Por lo tocante á su resurrección, todo el misterio queda explicado suponiendo que se dió un poco de vino y de dinero á los guardas del sepulcro. ¿A quién apareció después de su salida triunfante de la tumba? A sus discípulos, á unas mujeres crédulas, á unas personas que estaban interesadas en que se prolongara la impostura. No apareció á los sacerdotes, ni al pueblo, ni á los magistrados que le vieron perecer y que estaban bien seguros de que ya no existía. Vamos á examinar los dogmas (2).

CAPITULO XLVI.

OBJECIONES CONTRA EL DOGMA.

Intrínseca y extrínsecamente parece demostrado, que los Evangelios nunca fueron predicados por Jesús ni escritos por sus discípulos. Fueron según todas las probabilidades, compuestos en Alejandría durante los primeros siglos de la Iglesia.

(1) *Afflicti supplicii christiani, genus hominum superstitionis novæ ac maleficæ.* (Sueton., in *Neron.*) No habla tampoco Tácito en mejor sentido de los cristianos.

(2) Refiérense estas objeciones á los mismos autores citados al fin del capítulo anterior.

Después de las conquistas de Alejandro y la institución del reino egipcio por los Tolomeos, se trasladaron á Alejandría las escuelas filosóficas de la Grecia y en esta ciudad brillaron con nuevo esplendor. De la situación topográfica de aquella localidad, que constituía el paso del Oriente al Occidente, resultó que las opiniones de los filósofos de la India, las de los magos de la Persia, las de los antiguos sacerdotes del Egipto, y las de la filosofía del Oeste, vinieron á concentrarse en un foco común de errores y de lucas. En la biblioteca de Alejandría y en medio de aquella multitud de sectas, es en donde evidentemente fueron compilados los Evangelios, que nada más son que una miscelánea de las diversas doctrinas acumuladas en un cuerpo, y revestidas con el lenguaje oriental. Su autor ó autores fueron sin disputa personas dotadas de un brillante ingenio y de sensibilidad de corazón. Reuniendo la moral de todos los sabios, la sencillez, la pureza de las lecciones de Sócrates, y la elevación de los principios de Confucio y de Moisés, supieron comunicar á la obra la ternura propia de su alma, y animándola con la interesante narración alegórica de Cristo consiguieron dar el más alto atractivo á su obra. Tal es la historia de la parte moral de los Evangelios: de sus dogmas diremos lo siguiente:

El misterio de la Trinidad está tomado de la escuela de Platon. Dios, el espíritu, ó las ideas, el alma del mundo, ó el hijo incorporado á la materia (3). Del Whisnou de los Brahmas se deriva el misterio de la Encarnación (4), que por otra parte corresponde tam-

(3) Véanse los diversos sistemas en los artículos de los filósofos griegos y persas. No faltan filósofos modernos que hayan asegurado que Jesucristo no era otra cosa más que el mismo Platon, de quien también se dice haber salido del seno de una virgen. También los indios tenían una trinidad, á saber: Sree-Mun Narrain, Mhah Letchimy, una hermosa mujer (como el hijo, emblema del amor), y la Serpiente ó el Espíritu. (*Sketches on the Mythology and Customs of the Hindoos*, pág. 11.)

(4) Whisnou no era el único Dios de los indios que se hubiese encarnado. Véase una de las Encarnaciones de Sree-Mun Narrain. Esta divinidad principal de los indios con sus inseparables compañeros Mhah Letchimy y la Serpiente resolvió encarnarse para corregir los grandes abusos que se habían introducido entre los hombres. Narrain tomó la figura del guerrero Ram; Letchimy se convirtió en esposa suya con el nombre de Seetah Devee, y la Serpiente se metamorfoseó en un joven llamado Letchimum, hermano y compañero de Ram. Cierta día que pasaban por un desierto, Ram tuvo que separarse de su esposa, y la confió durante la ausencia á su hermano. Por de pronto ninguna novedad les ocurrió; pero habiendo un famoso mago visto á Seetah se enamoró perdidamente de ella, y para separarla de su fiel compañero, se convirtió en un ave del más brillante plumaje. Apenas la débil esposa de Ram vió al ave perdidamente encarecidamente á Letchimum se apoderara de ella. En vano fue que el joven le hiciera presente el peligro á que iba á quedar expuesta: deseo de mujer es irresistible: Leetah, sorda á todas las reflexiones, acusó en un momento de despecho á su cuñado de haber tenido intenciones criminales respecto de ella. Letchimy al oír esta acusación no vaciló un momento: pero antes de separarse de la ingrata belleza para ir á correr tras del ave, trazó un círculo alrededor de su cuñada advirtiéndole que mientras no saliera de aquella circunferencia nada tenía que temer. No bien el joven se alejó de aquel sitio cuando el mago tomando la forma de un decrepito anciano se apareció á Seetah suplicándole le diera un poco de agua para mitigar la abrasadora sed que le devoraba. La desdichada y compasiva esposa de Ram salió fuera del círculo fatal y cayó en poder del cruel hechicero.

El autor de donde yo he tomado esta anécdota nada dice acerca de la conclusión de la aventura. Solo puede inferirse que el mago no consiguió el objeto tan perdidamente solicitado, pues no fiándose Ram de las protestas de su esposa después de haber vuelto á reunirse con ella, le mandó justificar su inocencia por medio de la prueba del fuego. Seetah caminó sobre hierros candentes, «pero sus pies, según dice el autor, bronceados por la inocencia pasaron sobre las ascuas como por una senda de flores.» (*Sketches of the Mythology of the Hindoos*.)

bien al sistema del alma del mundo de los Académicos. La Virgen, como ya lo hemos dicho, encierra un emblema astronómico. La persecución, el martirio y la resurrección de Cristo, no son más que el dogma alegórico persa, concerniente al principio del bien y al del mal, según cuya alegoría, el segundo destruye por de pronto al primero, pero vuelve á renacer, y triunfa á su vez del principio del mal. La doctrina de la renovación de las cosas, y de la resurrección de los cuerpos después del incendio general del universo, procede de la secta de Zenón, ó sea de los fatalistas. Fácil sería, dicen los filósofos, ir desmenuzando de esa manera todos vuestros Evangelios, y enseñaros las piezas de que se componía su edificio: basta, empero lo dicho para haceros ver de donde han sido tomados vuestros dogmas fundamentales. Ahora vamos á dirigir nuestra atención hácia la disciplina de vuestra Iglesia (1).

CAPITULO XLVII.

OBJECIONES CONTRA LA DISCIPLINA.

Decís que el mismo Dios es el que ha establecido vuestra Iglesia y que en ella respira por todas partes su origen divino. Verdaderamente es preciso que suponáis que los hombres son muy estúpidos, muy ignorantes. Vuestras gerarquías de cardenales, arzobispos, obispos, sacerdotes, diáconos y subdiáconos son instituciones egipcias. En ellas existía un hierofante, del cual dimanaba una serie de sacerdotes que variaban de nomenclatura y de facultades en razón de la mayor ó menor distancia de su jefe supremo. El Oriente y el Occidente os dieron el modelo de vuestras ceremonias y vestiduras. Vosotros imitásteis los coros de niños, la marcha en dos filas, las oscilaciones del incensario, la genuflexión y el canto en ciertas señales convenidas; imitásteis todo esto vuelvo á decir de las pompas áticas y romanas. Aun conserváis en vuestras ceremonias fúnebres el canto que en iguales circunstancias se usaba en Atenas en tiempo de Pericles, y los individuos de muchas de vuestras sectas gastan todavía sandalias al modo de los griegos. El uso de la tapicería, la exposición de cuadros, las lámparas, los doseles y los vasos de oro y plata los habeis tomado del culto oriental. Pero, ¿qué es lo que decimos? Lleváis sobre vosotros mismos sin saberlo las señales del paganismo! La tonsura, la estola, la hostia y el sacramento que alguna vez brilla en vuestras manos, ¿son acaso nada más que los símbolos usados entre los sacerdotes persas para representar el disco, y los rayos del astro que era objeto de su culto? ¿Si los magos resucitaran ¿cómo no habian de creer al ver vuestras mitras, vuestras túnicas, vuestras sobrepellices y vuestras capas que no erais miembros de sus sectas, diseminados entre los pueblos bárbaros?

Los detalles de vuestras ceremonias presentan las mismas semejanzas. Sabido es que la comunión es una institución judaica. La época de vuestras festividades corresponde exactamente á las de los antiguos. Hasta en vuestras oraciones habeis conservado la forma latina. La misa de ramos, en la cual durante el siglo XI, el pueblo acostumbraba repetir por tres veces seguidas un rebusco después del *Ite missa est*, ocultaba una de las más obscenas alegorías de la antigüedad. El carnaval antes del día de ceniza no es más que un resto tradicional de las bacanales. Finalmente es cosa clara que vuestra disciplina se deriva de la de los sacerdotes del politeísmo. (a).

No os condenamos absolutamente por eso, siguen diciendo los filósofos; nada más queremos sino que

(1) En este capítulo he citado las opiniones de los autores mencionados y además las de VOLNEY en las ruinas de Palmira.

(a) SAINT-FOIX. *Ensayo sobre París*.

seáis de buena fe, y no os empeñéis en decir que en todas esas cosas se echa de ver su celestial origen (2). No dejamos de conocer que sin la solemnidad del culto nunca hubierais convertido los pueblos al cristianismo. En ese particular damos la preferencia á la secta romana. Es ridículo ser luterano, calvinista, cuáquero, etc., esto es admitir con pequeñas salvedades lo absurdo del dogma, y deshechar la religión de los sentidos, única que conviene al pueblo. No es más difícil creer en el todo que en una parte, y una vez admitida la Encarnación, poco más puede costar el admitir la presencia real.

Tales eran las objeciones de los filósofos modernos contra el cristianismo, objeciones de las cuales no he entresacado más que un escasísimo número. Siento extremadamente que mi asunto no me permita reproducir las victoriosas razones con que los Abadie, los Houteville, los Bergier y los Warburton han combatido á sus antagonistas, y remito el lector á las obras de esos sabios y piadosos escritores (b).

Yo que estoy muy poco versado en estas materias repetiré sencillamente á los incrédulos, no valiéndome más que de mi propia razón lo que ya les he dicho anteriormente. «Vosotros destruis la religión de la patria, sumergís el pueblo en la impiedad, y no proponéis ningún otro medio en que con toda seguridad pueda escudarse la moral. Cesad de proponernos esos sistemas de una cruel filosofía; no arrebatéis al desgraciado su última esperanza. ¿Qué importa que sea una ilusión, si con ella puede aliviarse en parte el peso de la vida, si con ella pasa más tranquilo las noches en su lecho solitario y humedecido de lágrimas, si ella es finalmente la que le hace cumplir sus buenos propósitos, y tributa el postrer servicio á la amistad, cerrándole los ojos, después que solo y abandonado en el lecho de miserias, ha exhalado el último suspiro? (c).

CAPITULO XLVIII.

DEL ESPÍRITU SACERDOTAL ENTRE LOS ANTIGUOS Y ENTRE LOS MODERNOS CONSIDERADO EN UN GOBIERNO POPULAR.

Hemos consagrado el fin de este primer libro á investigaciones acerca de los diversos cultos. Los sacerdotes están tan inmediatos á este asunto, y tan considerable ha sido su influencia en todos los siglos que no puedo prescindir de hablar brevemente acerca de ellos. Sé muy bien que esta sola materia exigiría un libro aparte; pero ya no tengo más que algunos pocos capítulos que consagrarle.

Bajo la denominación de sacerdotes comprendo los ministros dedicados al servicio del altar, que algunas veces tienen virtudes y algunas veces vicios; que viven de las preocupaciones del pueblo, como otras muchas profesiones; que no son ni más ni menos perversos que el resto de su siglo, ni más buenos, ni más malos que los demás hombres (d).

(2) Nunca ha supuesto la Iglesia que las vestiduras de los sacerdotes, ni los ornamentos de los altares etc. tuviese un origen celestial. Yo he discurrido más acertadamente en el Genio del Cristianismo, cuando para inspirar amor á la magestad de nuestro culto he demostrado que se refería á las más nobles vestiduras de la antigüedad, y á las más venerables tradiciones históricas. (N. ED.)

(b) Habiendo citado contra la religión unas tan miserables autoridades como Diderot, Tolando etc. no debe extrañarse que cite en favor de ella los Abadie, los Warburton, los Clarke etc. (N. ED.)

(c) He citado este párrafo en el prefacio del *Ensayo* y uniéndolo á otro en que declaro que referiré las opiniones de otros autores *sin admitirlas por mi parte*, destruye casi completamente el efecto de esos miserables y odiosos capítulos. (N. ED.)

(d) Algo duro es este párrafo, pero no puede tacharsele de parcialidad. (N. ED.)

Los sacerdotes de la antigüedad nos presentan un espíritu algo diferente de los de nuestra época: lo cual depende de la situación política de las naciones. Estableceremos, pues, una distinción entre los sacerdotes que viven en un estado monárquico, y los que habitan en una república. Principiaremos por estos últimos.

Entre los griegos y romanos era considerable la influencia que el sacerdocio ejercía y como que el estado se hallaba administrado bajo una forma popular el interés de los ministros del culto propendía á la libertad. Las respuestas del oráculo de Delfos por lo general estaban dictadas con arreglo á un espíritu de independencia, sin embargo siempre tenían la astucia de dejar lugar para una evasiva, y en las bóvedas del templo se veían suspendidos los donativos de los tiranos lo mismo que las ofrendas de los patriotas. En cuanto á ese particular el clero moderno y el antiguo se parecen completamente.

Otra analogía. La casta religiosa de Atenas no era menos susceptible de entregarse á persecuciones que los ministros del cristianismo (a). Los sofistas no tenían más seguridades en Grecia que los enciclopedistas en Francia; mas como la ley en aquel país protegía al ciudadano, el magistrado absolvía al acusado de impiedad, no siendo que el cargo que contra él se hacia estuviese evidentemente patentizado. No se necesitaban en Francia tantas sutilezas para encerrar á un filósofo en la Bastilla (b). Pasemos á examinar las diferencias.

Desde luego se nos presenta á la vista una muy importante. Los sacerdotes de Grecia ejercían bastante influencia sobre las masas del pueblo; pero ninguna absolutamente sobre los particulares; nuestro clero por el contrario nos rodea y nos asedia. Apodérase de nosotros al salir del seno de nuestras madres, y no nos abandona hasta depositarnos en la huesa. Hay hombres que representan el papel de los vampiros, y que nos chupan el dinero, la sangre, y hasta el pensamiento (c).

Segunda diferencia: entre los antiguos, particularmente en Roma no era conocido por parte de los ministros del culto ese sistema de corporación que tanta fuerza comunica á los asuntos religiosos. Los representantes de los dioses, dispersos en el Estado, no se apoyaban mutuamente, y por lo tanto no podían ser dañosos como simples particulares á las libertades públicas. La constitución gerárquica de la Iglesia Romana, en la sociedad moderna, infundió un espíritu demasiado temible de corporación á todo el clero. Por lo demás los depositarios del culto en Grecia, graves, mesurados y virtuosos, sabian contenerse en los decorosos límites de su profesión (d). Nuestros abates de manto corto hacían ostentación en París del

(a) Los ministros de la filosofía han sido menos propensos á la persecución que los ministros del cristianismo. (N. ED.)

(b) Soy en este particular extremadamente injusto aun hablando en sentido histórico. En Atenas se condenaba á destierro y aun á la última pena por un simple escrito y á veces por un solo verso. No debe quitarse la vida, ni aun encarcelar á nadie por causa de la religión; pero el historiador tampoco debe desnaturalizar los hechos. No es oportuno presentar á los filósofos como perseguidos por el clero cuando en realidad este se veía á los pies de aquellos. No debiera yo haber ignorado esta circunstancia, pues cuando escribí ese párrafo tenía á la vista una multitud de venerables prelados y millares de sacerdotes desterrados de su patria y andando por las calles de Londres. (N. ED.)

(c) De todas esas innobles injurias he dado satisfacción en el Genio del Cristianismo.

(d) No es cierto: la templanza y comedimiento de los ministros de aquellas locuras divinizadas, Baco, Mercurio, Cibele, Priapo y Cupido consistía en prostituirse, correr como unos deirantes por el campo, ó representar el papel de saltimbanquis en las calles y plazas públicas. (N. ED.)

vicio, de la ridiculez y de la tontería (e); apenas podría concebirse como tales hombres se atrevían á dar semejante espectáculo de sí mismos al público, si no se tuviera conocimiento de la estupidez y perversidad que dominan en el mundo. Cuando contemplo algunos personajes de la sociedad los comparo con ciertos estafadores que suelen concurrir á los paseos públicos, vestidos á propósito de un modo extravagante. En tanto que la multitud embobada se reúne para contemplar la extremidad de la cinta encornada, azul ó negra que va flotando sobre el traje del supuesto arlequin, este va despojando con toda sutileza el bolsillo de los curiosos. Por lo regular el más cargado de condecoraciones es el que hace fortuna (f). Sin embargo después de examinada atentamente la cuestión debe decirse que los sacerdotes son necesarios á las costumbres, y excelentes en toda república, y que sin poder causar mal al Estado pueden por el contrario hacerle mucho bien.

CAPITULO XLIX.

DEL ESPÍRITU SACERDOTAL ENTRE LOS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS CONSIDERADO EN UN ESTADO MONÁRQUICO.

Más si el espíritu sacerdotal puede ser saludable en una república (g), puede también por el contrario llegar á ser terrible en un estado despótico, por la razón de que sirviendo de reaguardía al tirano, legitima la esclavitud haciéndola santa á los ojos del pueblo (h).

Los sacerdotes de la Persia y del Egipto fueron enteramente parecidos á los nuestros. Su espíritu se componía igualmente de fanatismo y de intolerancia (i). Los magos hicieron saquear y reducir á ce-

(e) Esto está escrito de un modo muy vulgar é injusto. Los vicios de algunos individuos no pueden ser considerados como carácter constitutivo de una corporación. (N. ED.)

(f) Muy mal estaba yo con la sociedad. No quería perdonarle cuando era yo joven el mal que me habia hecho. En la actualidad como que estamos ya casi á punto de separarnos no le profeso ningún rencor, y conozco que en mis anteriores observaciones no campeaba la mayor exactitud. He sido yo también á mi vez condecorado con multitud de cintas, mas ¿he logrado por eso encadenar la fortuna? (N. ED.)

(g) No sé por qué los sacerdotes han de ser más útiles en una república que en una monarquía. Mi opinión actual es enteramente contraria y creo que más exacta. Contemplo por otra parte la cuestión bajo el punto de vista que se merece? Política y filosóficamente hablando, hubiera sido preciso demostrar lo que eran los sacerdotes en Grecia y en Roma considerados en el orden social, qué parte tenían en los asuntos políticos; en qué participaban del poder, y cómo influían en el destino del Estado bien sea que salieran ó se limitaran al círculo de sus instituciones. No puede decirse que unos hombres que en ciertos casos podían aplazar ó disolver las asambleas del pueblo é impedir ó mandar dar una batalla fuesen personas que carecían de autoridad política mayormente cuando las funciones pontificales eran generalmente patrimonio de ciudadanos poderosos y llenos de ambición. Por lo tanto me veo precisado á confesar paladinamente que no supe en este pasaje del Ensayo, absolutamente lo que decía, y que bajo todos aspectos lo considero, como uno de los más miserables de la obra. (N. ED.)

(h) Si yo no hubiera nunca dicho más que cosas parecidas á esa no me habria hecho acreedor más que á una reprobación fraternal. (N. ED.)

(i) Aun me inspira el mismo horror el fanatismo y la intolerancia; pero el espíritu de los sacerdotes cristianos no está en verdad plagado de semejantes afectos. Esos sacerdotes han sido alguna vez fanáticos é intolerantes según los siglos; pero hasta en esas mismas épocas en que tenían que ceder al imperio de las costumbres se han distinguido frecuentemente por ser más ilustrados y caritativos que sus contemporáneos. Dos obispos se opusieron á las matanzas de S. Bartolomé, y aunque Roma los aplaudió y aunque algunos sacerdotes indignos de tal nombre se han distinguido por su furor en diversas ocasiones, no deben achacarse las faltas de un particular á toda la corporación á que pertenece. (N. ED.)